

CREAR OPINIÓN PARA CONTROLAR LA OPINIÓN

IDEOLOGÍA, SOCIEDAD Y
FAMILIA EN EL SIGLO XIX



Francisco Javier Crespo Sánchez



Francisco Javier Crespo Sánchez

Crear opinión para
controlar la opinión
Ideología, sociedad y familia
en el siglo XIX

EDICIONES DOCE CALLES

Í N D I C E

Prólogo (Juan Hernández Franco y Antonio Irigoyen López).....	11
Introducción.....	15
Prensa y opinión pública en el tránsito del Antiguo Régimen a la sociedad liberal	25
Las teorías sobre los discursos y la opinión pública.....	27
Los creadores de opinión pública y su acción en los periódicos.....	47
La confrontación de los discursos civiles y eclesiásticos sobre la sociedad en la prensa	79
La cuestión del orden social en los periódicos.....	80
Los debates periodísticos sobre el lugar de la Iglesia en la sociedad.....	99
La respuesta escrita de la Iglesia ante las ideologías disgregadoras.....	128
La moralidad y los valores religiosos en los periódicos	157
La religión: modelo de moralidad frente a la decadencia del mundo.....	158
Los peligros de los placeres de la carne.....	178
Lujo y moda: la condena desde los artículos periodísticos.....	191
La familia como fundamento de la sociedad	215
El matrimonio: punto de partida para la familia.....	216
La adaptación de la familia en los discursos periodísticos.....	247
Los roles familiares en la prensa.....	273
La figura del padre.....	273
La mujer como madre.....	304
Epílogo. La construcción de un modelo discursivo dominante desde la prensa	335
Bibliografía.....	347

Prólogo

Francisco Javier Crespo Sánchez ofrece en esta obra una propuesta historiográfica novedosa y, en consecuencia, valiente y arriesgada, pero no por ello menos sólida y fundamentada. Uno de los mayores logros de las páginas de este libro reside en ofrecer una nueva mirada a la transición del Antiguo Régimen a la sociedad liberal, combinando adecuadamente el estudio de la ideología y la célula primaria de la sociedad, como es la familia. En este sentido, el autor formado en el Seminario *Familia y Elite de poder*, de la Universidad de Murcia, es claro representante del giro de objetivos y fines que este grupo de investigación ha iniciado para desentrañar qué significa la familia para la sociedad, la del pasado y la del presente. De este modo, se abre a nuevos problemas de la Historia Social desde el análisis de la cultura y la ideología. Y para ello recurre a la búsqueda de nuevas fuentes o a la relectura de las tradicionales, como es el caso de la presente obra, la cual se sustenta en un tratamiento renovado y profundo de la prensa desde el año 1759 hasta 1902. Asistimos, pues, a una revisión de los tiempos históricos, a un nuevo ensayo de cronología, no tan política como la que estamos habituados a leer. La justificación del empleo de este tiempo largo reside en que es la única vía para analizar uno de los problemas centrales para el autor, como es el proceso por el cual la familia tradicional extensa se diluye a favor de la familia nuclear, sustentada todavía por los rasgos de la ideología católica.

La lectura inicial puede mostrar que la familia era una realidad inmóvil, en la medida que obedecía a un modelo heredado y de larga tradición. Sin embargo, como el autor demuestra suficientemente, ya desde la ideología ilustrada se empiezan a diseñar nuevas reglas y nuevos comportamientos en lo que se refiere a la unidad familiar. Evidentemente, si esto se pudo producir se debió a que razón e individualismo encontraban espacio entre fe y linaje. Pese a todo, los ilustrados españoles no fueron capaces de liberarse de la tutela eclesiástica y ello explica que no fueran capaces de concebir una familia sin religión católica.

Y parece que esta tendencia se mantuvo durante prácticamente todo el siglo XIX, a diferencia de lo que sucedió en otros ámbitos. Se ha insistido hasta la saciedad en los cambios políticos que se experimentaron en España en este período pero mucho menos en los cambios sociales, si bien es cierto que esta laguna comienza a ser cubierta como demuestran los últimos trabajos publicados. Por consiguiente, la obra de Francisco Javier Crespo Sánchez se enmarca en las recientes tendencias historiográficas que intentan explicar la implantación de nuevos valores y prácticas sociales. Y como el propio autor sostiene, si este proceso pudo culminarse fue gracias al triunfo de unos nuevos modelos ideológicos que, progresivamente, se irían filtrando en las prácticas sociales y familiares.

Lo cual nos conduce a otro de los grandes problemas historiográficos al que se enfrenta el autor: la relevancia y pertinencia del concepto de opinión. El acierto del doctor Crespo Sánchez ha sido contemplarlo más allá de la perspectiva exclusivamente política. Su herramienta metodológica han sido los discursos. Se ha centrado en el análisis de la construcción de los discursos dominantes y su traslación al mundo de la opinión pública en un período de transformaciones que va desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta finales del XIX y a partir de él de un nuevo modelo social y de familia.

Los discursos generan las bases ideológicas y ello explica que el autor acuñe el concepto de «opinión pública católica». El conflicto surge desde el momento que esta ideología pretende convertirse en única y hegemónica, en ser la referencia fundamental a través de la cual se organizase el pensamiento y las acciones colectivas. Como señala el autor, la Iglesia convirtió a la familia en el principal vehículo difusor de su modelo de sociedad, en el cual la Iglesia ocupaba el lugar central. Lo que pretendía era mantener la posición preeminente de la que había disfrutado durante el Antiguo Régimen, a pesar de los vientos liberales que soplaban en su contra. En esta concepción todo se subordinaba a la religión, por lo que el resto de propuestas que no tienen en cuenta la perspectiva cristiana debían ser anatémizadas ante el tribunal de la opinión pública. Francisco Javier Crespo Sánchez ha demostrado que uno de los cambios fundamentales fue el modo de transmisión del discurso. Los sermones, el confesionario y las misiones parecían ya no ser suficientes para conseguir el dominio social que perseguía. Había que innovar y la Iglesia encontró un arma formidable en los periódicos y revistas. Cabeceras con nombres tan destacados como *El Católico instruido en su religión*, *El Cristiano*, *El Cruzado*, *El Orden*, *El Propagador de las tres Aves Marías*, *El Sembrador*, *La Bandera Católica*, *La Gran Cruzada Moderna* o *Propaganda Católica* muestran claramente los fines ideológicos que la Iglesia asignaba a la palabra escrita. Voz y palabra intentaban que el católico no abandonara un modelo tradicional de familia en una sociedad como la decimonónica

que en sus estratos más altos, así como en el proletariado urbano, empezaban a cuestionar las propuestas eclesíásticas. ¿Era esto un síntoma de un descreimiento que iba calando en la sociedad española decimonónica?

En cualquier caso, la Iglesia se apoyaba en la familia y en el control del matrimonio para tratar de imponer su ideología. Por eso se defendía un modelo familiar jerárquico, patriarcal en su base, en el que la mujer y los hijos deben permanecer sumisos a la figura masculina en su faceta de padre y esposo. La Iglesia comienza a preocuparse por problemas externos a la familia que podían minar la solidez de la misma. De ahí su campaña beligerante a favor de una moralidad plenamente religiosa con fuertes condenas hacia los comportamientos que estimaba desviados: desde los placeres de la carne hasta la crítica al lujo y a la moda, pasando por la embriaguez y el juego. Pecados que recaían principalmente en los hombres. De ahí la apuesta eclesíástica por la mujer en su papel de madre y esposa, guardiana del hogar, verdadero santuario de la institución familiar, donde ella ejerce una función de transmisión de la ideología católica. A la postre, los dogmas de la Iglesia eran invariables.

Lo que el autor narra en esta obra es, ni más ni menos que la imposible secularización de la familia. La Iglesia se resistía a ceder al poder seglar las cuestiones familiares y matrimoniales. Basta con recordar lo que pasó con la ley del matrimonio civil de 1870. A fin de cuentas, la Iglesia católica, conforme avanzaba el siglo, hizo de la familia y el matrimonio unos de los medios más usuales para reforzar su proyecto de dominio social a partir de una cristianización individual que, no por casualidad, comenzaba en la familia. Por esta razón, el modelo familiar que pretendía consolidar se basaba en las figuras del padre y la madre, cada vez más definidos y acordes a los nuevos valores sociales que acabaríamos calificando como burgueses pues su fundamento era el orden y la jerarquía. El éxito de Crespo, por tanto, es mostrar a la familia de los individuos, la familia conyugal, la familia burguesa, la familia católica en un momento histórico, como es el último tercio del siglo XIX, donde con la opinión pública conservadora asumió como suyas las propuestas eclesíásticas, con todo lo que supuso esa alianza ideológica, cuyos ecos llegan hasta el día de hoy.

En conclusión, esta obra es fiel testimonio de una madurez intelectual que llega tras una notable trayectoria investigadora. Sabemos y queremos que no acabará aquí, vistos los magníficos resultados que Francisco Javier Crespo Sánchez muestra en las páginas que siguen. Toda una garantía para acometer los retos que la Historia como disciplina le irá poniendo en el futuro, los cuales con plena seguridad abordará desde su plena integración en los círculos historiográficos.

Juan Hernández Franco y Antonio Irigoyen López
(Universidad de Murcia)

Introducción

Cada mañana, cuando el individuo despierta, entre otras muchas cosas, varias son las preguntas y las cuestiones que vienen a su mente, ¿qué noticias tendremos hoy? ¿Habrá ocurrido algo? Interrogantes que parecen, en muchas ocasiones, intrínsecos a la condición del ser humano de querer saber y de querer conocer, en definitiva, de querer estar informado de aquello que le rodea y afecta en su vida cotidiana. Es cierto que en la actualidad muchos son los canales de acceso a la información de los que se dispone, ya no solo por los medios audiovisuales más clásicos como pueden ser la televisión o la radio, sino que los modernos teléfonos móviles e Internet hacen de la comunicación en este siglo XXI un acto casi inmediato, un hecho que no entraña mayor dificultad ni problema. No obstante, para muchas personas, el periódico –ya sea en su edición en papel o en su versión digital– sigue siendo ese canal privilegiado de información, su preferencia elegida para conocer lo que ha ocurrido y lo que ocurrirá. No solo es un medio de información, sino que también se comporta como un medio de opinión, de ahí las líneas editoriales de los periódicos y su más que palpable orientación política. A tenor de lo anterior, se puede concluir que la vigencia de la prensa sigue presente hasta nuestros días, así como la curiosidad de la persona por obtener información y noticias. El periódico, a día de hoy, sigue influyendo en la persona, orientando la opinión pública y marcando en cierta medida la respuesta y la actuación del individuo ante determinados sucesos y hechos.

Pero, ¿es comparable la situación informativa actual con la que aconteció entre finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XX? ¿Jugaba el periódico un papel similar en el marco de la sociedad? Evidentemente no se puede hacer una comparación de este tipo si antes no se tienen en cuenta unos matices que condicionan sobremanera estas preguntas. Más allá de buscar paralelismos utópicos que generan dudas que ponen en peligro los procedimientos teóricos y conceptuales de la propia ciencia histórica, lo que se quiere plantear en esta

introducción es la continuidad de ese deseo del individuo por saber y conocer, esa curiosidad por obtener información. Es cierto que hay que tener en cuenta las diferencias generadas por el contexto, por la gran distancia que separa en el marco legislativo a estas dos épocas y las limitaciones en el acceso a la prensa por parte de la población —por razones diversas como su alto precio o la elevada tasa de analfabetismo—; pero lo cierto es que, ya fuera de una manera o de otra, una parte de la sociedad quería tener contacto con el periódico y saber qué pasaba más allá de sus preocupaciones cotidianas. En cierta medida, lo que se propone es que en ese proceso comunicativo que necesita de un emisor y un receptor, la existencia y permanencia de este último es un hecho continuado entre estas épocas, con diferencias y cambios, pero que manifiesta abiertamente ese deseo que nace en el ser humano por buscar la opinión y la información.

El receptor es el punto final de llegada de todo este proceso, que como se sabe tiene su inicio en el emisor.¹ De esta forma, sumado a ese interés de la persona, tiene que existir una voluntad de comunicación por parte de los individuos, los grupos o las instituciones que quieren hacer llegar su información, su mensaje. Sobradamente se conoce que para la época histórica en que se centra esta obra, no pocos serán los «emisores» que usen de la prensa como medio para expresar sus inquietudes —dejando de lado ahora si la prensa en sus orígenes es un medio de información o de opinión, cuestión que se abordará más adelante—. Instituciones como la Monarquía, el Estado, los partidos políticos, la Iglesia o asociaciones de las más diversas naturalezas vieron en el periódico el medio idóneo para promocionar sus intereses y hacer llegar sus pretensiones a la sociedad. Qué duda cabe de que muchos individuos, a través de estas estructuras mayores en las que se englobaban y de las que formaban parte, también dejaron impronta de sus estados de opinión y de sus pensamientos. Parece, por tanto, que esa intencionalidad comunicativa existía, y que además, tenía verdadera importancia para la época a la que se hace referencia.

Emisor y receptor, principio y fin de un proceso que para que pueda realizarse necesita también de un canal —en soporte físico o no— que posibilite esa interacción entre los extremos que lo protagonizan. Para este caso, y como ya se viene expresando al hilo de lo expuesto anteriormente, la prensa será ese medio de difusión y orientación. Hay que tener en cuenta que para esta etapa, no solo se debe considerar al periódico como una forma de transmisión escrita, sino que la posibilidad de difusión oral de la información que contiene también es un factor que no se puede olvidar. Tanto es así, que no será raro que al margen de los lectores directos de periódicos, se localice un público «indirecto» que tiene su base en las lecturas que se realizaban en grupo y en voz alta en lugares públicos como plazas y cafés;² aumentando así, por tanto, el grado de

difusión del periódico y de las personas que tenían acceso a esta información (que quizás después podían reproducir a través de sus palabras a un conjunto mayor de personas). ¿Quiere todo esto decir que será el periódico el objeto de estudio principal de este análisis? Al igual que ocurre con las figuras del emisor y del receptor, la prensa tampoco se configura como la cuestión principal que se quiere abordar en esta investigación. Más bien, serán realidades que deben ser traídas a colación cuando sean necesarias, no de forma prioritaria o preferente, sino al hilo de la exposición que se pretende realizar y cuando así lo requiera el discurso teórico.

Lo que de verdad interesa en este libro es el elemento que vertebra el proceso comunicativo, es decir, el mensaje. Es el contenido de éste, su construcción y los recursos utilizados para ello, lo que se quiere conocer a través de la prensa y de los individuos que intervienen en ella. Por tanto, lo que se pretende es reflexionar sobre la transmisión de discursos, de valores y de modelos de comportamiento hacia la sociedad; conocer cuáles eran las propuestas que se realizaban y qué estrategias se utilizaban para hacerlas llegar a la sociedad. De ahí que sea muy importante preguntarse por la intencionalidad de los mensajes y por los intereses que esconden, indicadores que pueden ayudar a comprender el complejo procedimiento que termina por conseguir que estas propuestas sobre el papel finalicen en algunos casos por convertirse y ser aceptadas como normas válidas y de referencia. Esto tampoco quiere decir que no se preste la necesaria atención a esos «creadores de opinión pública», a esos «diseñadores de comportamientos», pues se hará uso de ellos, pero siempre desde la perspectiva antes señalada, la de la generación y la transmisión de los discursos.

En todo este proceso, tres conceptos van a estar también presentes ocupando un destacado lugar: sociedad, familia y religión. Tres pilares sobre los que se nutre, y también se apoya teórica y metodológicamente, este libro; ya no solo por su más que conocida importancia como sujetos para la historia, sino por su capacidad para cohesionar, aglutinar y dar respuesta a muchos de los interrogantes que se quieren responder desde este análisis. La relación entre estos elementos y su presencia en la prensa, como factor de expresión y transmisión de opinión pública, resultará fundamental para completar los objetivos planteados. Sentadas estas primeras consideraciones, resulta necesario adentrarse un poco más en el contenido y razón de ser de esta obra.

En 1781, el periódico *El Censor*, en uno de sus interesantes y extensos discursos hablaba sobre un tema que venía preocupando a los intelectuales, a los ilustrados y a los gobernantes de la época: la despoblación del país y la falta de recursos humanos; además, en muchos de estos escritos se abogaba y se insistía en buscar las causas, las consecuencias y los posibles remedios para

evitar lo que consideraban como un problema de vital importancia para el progreso y el bienestar del país.³ Al mismo tiempo, cuando se destacaba esta idea, no era difícil que se vinculara con una máxima que también estaba presente en el pensamiento de estos hombres: el aumento de la población era un activo importante para la nación. Todo ello se completaba, como no podía ser de otra forma, con el barniz que se desprendía de la omnipresente religión, pues no se olvidaba que era un precepto divino el que señalaba la exhortación de «creced y multiplicaos».⁴ Una suma de razones y de motivaciones que hacían del asunto una cuestión recurrente en la prensa. Decía así el artículo:

¡Aquella satisfacción, con que rodeado de sus tiernos hijos se contempla autor de sus existencia, y se complace de haber añadido tantos individuos a su especie, a su patria, y a religión, o producido tantas criaturas racionales, tantos ciudadanos, tantos cristianos!⁵

A pesar de lo escueto del fragmento que se reproduce, no se puede dejar escapar la importancia de la información que contiene y transmite. Aunque ya se atisba el fondo y la finalidad del mensaje, si se leyera el artículo completo se podría inferir que lo que se pretendía era ofrecer una solución tan sencilla como natural a este problema de la despoblación: la respuesta estaba en la familia⁶. Por ello, solo el matrimonio y la consiguiente formación de una unidad familiar podían traer consigo nuevos individuos, la procreación se configuraba así como una de las misiones fundamentales y principales del ser humano. Dejando de lado ahora las motivaciones y las razones que podía tener detrás el discurso de este periódico –cuestiones que van a ser tratadas pormenorizadamente a lo largo de este estudio–, lo que interesa es acercarse a la realidad que presenta este escrito de primera mano. De esta forma, se puede constatar que hacia finales del siglo XVIII, la familia y el matrimonio, así como la importancia de la descendencia, ya son un tema al que se recurre desde la prensa. Pero no solo aparece como tal, sino que se va más allá de su mera enunciación, ofreciendo un discurso que presenta y lleva implícito un conjunto de condicionantes e ideas que matizan su planteamiento. Como se puede ver, existe el tratamiento de esta problemática desde este medio escrito, manifestando un discurso concreto y aludiendo a una serie de componentes que marcan la línea ideológica de lo que se pretende transmitir al lector, en definitiva, a la sociedad en su conjunto o a la opinión pública que se forma en su seno.

Es el momento ahora de viajar en el tiempo, dejar pasar los años y acercarse a los inicios del siglo XX, concretamente al año 1928. Más de un siglo después, otro periódico (de diferente ideología y con motivaciones que distan mucho

de las del anterior), también se hacía eco de esta problemática en sus páginas. Es cierto que se trata de una época distinta y que la prensa había evolucionado notablemente hacia nuevas formas y modos de expresión durante el tránsito por la centuria decimonónica; pero, a pesar de todo ello, se detecta como se seguían planteando cuestiones ya conocidas por el público lector y que habían sido abordadas ya desde tiempo atrás. Parece curioso, al menos, que mucho tiempo después, se siga aludiendo en la prensa a una temática de tan largo recorrido. En este caso, se expone:

¿Es difícil la vida a la familia que tiene muchos hijos?, pregunta aquel de rostro apacible. – Ciertamente, se responde a sí mismo; pero la solución no está en aminorar el número de hijos: esto va contra la naturaleza; esto es cortar el brazo cuando duele o matar el enfermo; la solución está en que no sea carga el tener hijos... ¿Cómo? Concurriendo a proteger la familia numerosa todos aquellos que resulten favorecidos por ella: el estado, la ciudad, la riqueza. El estado y la ciudad socorriendo; la riqueza adecuando los salarios a las necesidades de la familia.⁷

La lectura popular, periódico de provincias con alto contenido religioso y dogmático, volvía a tener en cuenta muchos años después este tema. El artículo, dejando ver su evidente parcialidad y subjetividad sobre el asunto, y utilizando unos más que dudosos hechos, confrontaba las conclusiones a las que se habían llegado en dos congresos desarrollados en el extranjero y que estaban dedicados a debatir sobre la familia. El primero de ellos estaba protagonizado por aquellas personas que abominaban de esta institución y de la procreación, por lo que estaban condenando al mundo a la despoblación y a la ruina; en todo caso, lo que desde esa reunión se promocionaba era concebir un número escaso de hijos, o ni siquiera tenerlos. El segundo de los congresos, el que era presentado por el periódico como el correcto, esgrimía la bandera del matrimonio y de la familia, abogando por la procreación y por la institución de una familia numerosa, pues cuantos más hijos se tuviera mejor sería para la sociedad y para el individuo. Dejando de lado la contraposición de ejemplos en esa antítesis de clara comprensión para los lectores, lo que sigue interesando es el discurso en sí mismo y los recursos que utiliza: la presencia de la familia y de los elementos que se relacionaban directamente con ella se mantenían vigentes en las páginas de los periódicos.

La familia seguía siendo buena para todo y para todos, por ello se necesitaba evitar que la llegada de nuevos hijos y la formación de familias extensas fuera una carga o un problema para los progenitores o para la sociedad. Como se percibe, la procreación y el elogio a la familia seguía presente en esta publicación,

que hace aún más hincapié en el concepto de una familia que debía ser numerosa en cuanto a los hijos. Además, en este caso, ya no solo se dice que la familia directamente es buena para el Estado y sus intereses, sino que se añade que éste debía responsabilizarse y ayudarla de forma muy presente. Todo esto indica una evolución del discurso que denota un conjunto de cambios que se habían operado desde el mensaje que transmitía el artículo anterior: la formación de familias ya no solo era necesaria para el bienestar y la riqueza de la nación, sino que ésta además debía ampararlas y dedicar unas políticas más específicas para su fomento. Cuestiones como el aumento de la natalidad o la adecuación de los sueldos para que estos grupos se pudieran mantener económicamente, eran ya una preocupación que debía estar más arraigada en el seno de la institución estatal. La familia había ganado peso, tenía más importancia; lo que se decía de ella, el discurso, también había experimentado cambios.

Se puede decir que estos dos casos, con una gran distancia cronológica e ideológica entre ambos, plantean muchas preguntas e interrogantes, ¿qué permanencias, cambios y continuidades se encuentran en el discurso? ¿Cómo había evolucionado la realidad familiar de una época a la otra? ¿Seguía siendo el periódico un canal eficaz para hacer llegar estos modelos a la opinión pública? Su inclusión en esta introducción pretende suscitar una idea que se quiere desarrollar en este libro, ¿cómo se ha ido adaptando el discurso a la realidad y al contexto que le toca vivir en cada momento? Se trata pues de una sugerente cuestión que pretende estimular las concepciones estáticas que se pueden generar en el marco de las investigaciones y que quiere buscar un análisis social desde la prensa que consiga que tradicionales objetos de estudio como la familia o la sociedad se reinterpreten desde la óptica de conceptos tan potentes como la «opinión pública» o la «formación de los discursos dominantes». No se debe olvidar que la idea de identidad, en las diferentes etapas de la historia, se construye en muchos casos sobre la base de los intereses y de las concepciones del mundo hegemónico, que se ve condicionado por diversas instituciones e intereses; así, los modelos y valores que transmite la prensa responden en muchos casos a un intento de crear una realidad «intencionada».⁸

Al margen de estos planteamientos, lo que sí es cierto es que estos ejemplos, elegidos para hacer notar la pervivencia de las temáticas en la prensa y los intereses en la transmisión de determinados conceptos y pautas de comportamiento, demuestran que tanto en 1781 como en 1928 se sigue manifestando un ideario que encierra muchos puntos de conexión y también algunos que han evolucionado, posiblemente por los cambios en el contexto y por otros factores que se irán dirimiendo a lo largo de esta obra. Gracias a estos dos artículos, se puede enunciar uno de los objetivos que se pretende alcanzar en este

trabajo. Éste no podía ser otro que detectar si se producen notables modificaciones en el discurso manifestado a través de la prensa –prestando especial interés a la prensa de carácter religioso– sobre la familia, la sociedad y la moralidad durante los finales del siglo XVIII y los inicios del siglo XX. Para ello, será necesario examinar la ideología que encerraban estos discursos y comprobar cómo se iban adaptando los distintos periódicos –teniendo en cuenta también su procedencia– a los diferentes contextos políticos y sociales existentes en España.

¹ Proceso que resulta en su totalidad más complejo de lo que aquí se manifiesta: GÓMEZ FERNÁNDEZ, Diego, «El proceso comunicativo: una revisión», *Cauce: Revista de filología y su didáctica*, 18-19 (1995-1996), pp. 787-816.

² FUENTES, Juan Francisco, «Identidad individual y conciencia de clase en la prensa española de la segunda mitad del siglo XVIII», en AUBERT, Paul y DESVOIS, Jean-Michel (coords.), *Les élites et la presse en Espagne et en Amérique latine des Lumières à la seconde guerre mondiale*, Madrid, Casa de Velázquez, Maison des Pays Ibériques, UMR Telemme, 2002, pp. 19-32.

³ Esta fue una de las pretensiones de algunos ilustrados españoles: SARRAILH, Jean, *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, México, Fondo de cultura económica, 1978.

⁴ *Génesis* 1: 28.

⁵ *El censor*, n.º 131, 16 de noviembre de 1786, Madrid, BNE.

⁶ Para un acercamiento al contexto en que se produce *El Censor* consultar: CASO GONZÁLEZ, José

Miguel, «La crítica religiosa de *El Censor* y el grupo ilustrado de la condesa de Montijo», en NIEWÖHNER, Friedrich y REYES MATE RUPÉREZ, Manuel (coords.), *La ilustración en España y Alemania*, Madrid, Anthropos, 1989, pp. 175-188; CASES, Víctor, «*El censor*: fortuna y adversidades de la prensa ilustrada en España», en FERNÁNDEZ SANZ, Juan José, SANZ ESTABLÉS, Carlos y RUBIO MORAGA, Ángel Luis (coords.), *Prensa y periodismo especializado IV*, volumen 1, Guadalajara, Editores del Henares, 2009, pp. 343-350.

⁷ *La lectura popular*, n.º 1072, 15 de agosto de 1928, Orihuela, AMM.

⁸ SCOTT, Joan W., «El eco de la fantasía: la historia y la construcción de la identidad», *Ayer*, 62 (2006), pp. 111-138; TORO CASTILLO, Bárbara, «Medios masivos de comunicación: una construcción de la realidad», *Revista Pequeña*, vol. 1, 1 (2011), pp. 108-119.

Abreviaturas

AMM: Archivo Municipal de Murcia.

AA.VV.: Varios Autores.

BNE: Biblioteca Nacional de España.

BNP: Biblioteca Nacional de Portugal.

BVPH: Biblioteca Virtual de Prensa Histórica.

Comp./s.: Compilador/a/es.

Coord./s.: Coordinador/a/es.

Dir./s.: Director/a/es.

Ed./s.: Editor/a/es.

FPI: Fundación Pablo Iglesias.

GB: Google Books.

HML: Hemeroteca Municipal de Lisboa.

p.: página.

pp.: páginas.

US: Universidad de Sevilla.



Prensa y opinión pública en el tránsito del Antiguo Régimen a la sociedad liberal

Nada es tan común como oír decir por esos cafés, calles y plazas: «la opinión pública está en favor, o contra tal, o tal persona; la opinión pública asigna esta o aquella causa al suceso h, o f.» ¿Y hay exactitud en este modo de expresarse en muchas ocasiones? Dícese comúnmente que la opinión pública empieza a formarse en las capitales, y que como por un conducto eléctrico se transmite de boca en boca a las otras ciudades, villas, etc.⁹

El símil que presenta este periódico de inicios del siglo XIX se muestra revelador para comenzar con este capítulo, pues recoge la esencia que impregna el desarrollo del mismo. Así, la comparación de la opinión pública con la corriente eléctrica, en cuanto a su modo de propagación, no podía ser más acertada y descriptiva. Al mismo tiempo, menciona algunos de los elementos que se explicarán más adelante: la función de la oralidad en la difusión de los mensajes o la labor de los espacios de sociabilidad. Por ello, se trata de un ejemplo que se manifiesta idóneo a la hora de comenzar este debate sobre la transmisión de los discursos y el papel jugado por la prensa en ello. La caracterización del concepto «opinión pública» es difícil y no siempre encuentra un significado unívoco, por lo que serán diversas las dimensiones que deben analizarse. Parece interesante, a la luz de las pretensiones de este estudio, traer a colación lo que decía sobre la opinión Pinheiro Chagas, periodista portugués que ejerció su labor en el *Diário Ilustrado* y en el *Correio da Manhã*. Este autor la describía como una serie de pequeños actos sin significado aparente, como una especie de atmósfera formada por diminutas intenciones aisladas que flotaban en el aire. Para él, la lectura de los periódicos, las conversaciones en los centros políticos, las discusiones parlamentarias y el resto de formas de expresión de la opinión nada significaban, en su ideario, la opinión no era solo lo que se decía, sino

que también formaba parte de ella todo un conjunto de gestos y movimientos sociales. En todo caso, el periodista, sabedor de la naturaleza complicada y plural del concepto, pensaba que la opinión pública, al margen de todo lo que de ella se pudiera decir y teorizar, era ante todo un enigma por descubrir y conquistar.¹⁰

Existen diversas categorías de análisis, conceptos teóricos si se quiere, que deben tenerse en cuenta cuando se estudian los procesos de transmisión de discursos y modelos desde la prensa. Este capítulo, que pretende adentrarse en la construcción y en el conocimiento de estos procesos, sirve como elemento vehicular y marco conceptual que sentará las bases para la posterior explotación de la fuente periodística. Como se verá más adelante, la prensa será desde mediados del siglo XVIII uno de los grandes canales a través de los cuales se promocionó e impulsó la opinión y la información. Esto no quiere decir que antes no existiera la prensa o que no ejerciera esta función de influencia y transmisión, sino que será justo desde ese momento cuando comience a tener una mayor fuerza y visibilidad. Un elemento revelador será también la propia conciencia que los periodistas y escritores comenzarán a tener sobre la misma, siendo un tema recurrente en el periódico y que protagonizará muchos debates y tertulias.

En este análisis no solo hay que atender o explicar cómo se han tratado y caracterizado conceptos como el de «opinión pública», «discurso» o «espacio público», sino que también hay que adentrarse en el conocimiento de los mediadores que articularon estos principios y que utilizaron la prensa como un vehículo para hacer llegar a la sociedad sus intereses e ideologías. Principalmente se tratará la relación entre Iglesia y prensa, pero también entre ésta última y los poderes políticos. La pretensión no es realizar un análisis descriptivo de estas vinculaciones, sino tratar de conocer cómo estos poderes fueron capaces de darse cuenta de las posibilidades que ofrecía este medio, cómo lo emplearon y qué elementos fueron adaptando en función de sus necesidades específicas. Una vez más, no se intenta plasmar una visión que señale el origen de este proceso en esta etapa —de hecho, la Monarquía o la Iglesia ya venían utilizando la prensa desde el siglo XVII—, lo que se propone desde aquí es estudiar cómo fue este ritmo relacional en un momento en el que la prensa, con su eclosión y evolución hacia un medio más consolidado, adquirió una nueva idiosincrasia y una mayor fuerza comunicativa. Sin lugar a dudas, esta faceta se seguiría potenciando a lo largo del siglo XIX, dando lugar a su definitiva conversión como medio de comunicación de masas en el siglo XX.

Todas estas cuestiones, como resulta lógico, han suscitado debates y planteamientos diversos en la historiografía, pues no han sido pocos los investigadores que desde diversas ciencias sociales han tratado de delimitar teóricamente estos procesos y conceptos. Al tiempo, las gentes y los periodistas del momento también se interesaron por ellos, se plantearon preguntas y se propusieron entender en qué

se basaba el concepto de opinión pública y qué implicaciones tenía. Al final lo realmente importante no era tanto saber qué era la opinión pública, sino transmitir lo que los periodistas estimaban qué debía ser. De esta forma, desde la propia prensa, que por otro lado quería erigirse en la tribuna de la opinión pública, los escritores se interrogarán por su significado, por su naturaleza, sobre cuáles eran los elementos que formaban parte de su esencia y cómo se configuraba. No es raro encontrar artículos y discursos en los que se reflexionan sobre estos temas, prueba de que eran factores que ya preocupaban y sobre los que se tenía una verdadera conciencia de su existencia. De hecho, en muchos casos, se denotará una cierta conflictividad por conseguir la apropiación de su significado, es decir, por definir y articular lo que debía considerarse como opinión pública. Todo ello es un símbolo palpable, una vez más, de la consideración que se comenzaba a tener por estos entes «abstractos» y un indicador manifiesto del interés por controlar lo que se pensaba y se decía sobre ellos.

Admitiendo la dificultad que entraña su estudio y caracterización, lo que se pretende es ofrecer un recorrido por estos conceptos para conseguir un acercamiento lo más certero posible. Por supuesto se planteará un análisis dinámico y no cerrado, pues se debe continuar investigando y trabajando para conseguir el aporte de nuevos saberes teóricos que sigan aumentando el conocimiento sobre estas temáticas. Los ejemplos extraídos directamente de las fuentes para ilustrar los procesos que se describen servirán para comprobar que la percepción que se tuvo desde la prensa de la opinión pública también fue evolucionando en función del contexto y del sesgo ideológico del periódico.

Como reza la cita con que se inicia este capítulo, lo cierto es que la opinión pública puede expresarse y manifestarse de muchas formas diversas, puede difundirse y evolucionar. En ocasiones parece un sujeto con vida propia, que ejerce sus funciones y que se relaciona, pero que por lo visto nunca puede morir o desaparecer, sino que como la energía, solo se transforma.

Las teorías sobre los discursos y la opinión pública

Si se atiende a la cuestión referente a la opinión pública desde el prisma y el punto de vista de la historia, es inevitable que se planteen las siguientes preguntas: ¿Qué es la opinión pública? ¿Cómo se forma? ¿Qué factores afectan a la misma? Lo cierto es que en un análisis como éste, centrado en los discursos y en su transmisión a través de la prensa, conceptos como «ideología», «discursos» u «opinión pública» deben ser bien explicados y aprehendidos. El resultado final de la investigación y su equilibrio dependen en gran medida de la utilización de estas categorías de una



¿Cómo se controla la opinión pública? Y lo que es más importante, ¿quién o quiénes tienen interés en ello? Como señala el título de esta obra, crear la opinión y orientarla es la forma más eficaz de convertirse en su director. A través de la sociedad, los valores morales y de la familia, diversos grupos de poder e instituciones como la Iglesia católica, trataron de encauzar los modelos y las formas de comportamiento de los individuos, y, por ende, de la sociedad en la que estos se insertaban. Al final, con todo ello, lo que se pretendía era la reproducción de los esquemas mentales y sociales que debían definir la vida cotidiana de las personas.

Para analizar todos estos factores, los cambios y las continuidades en los discursos, qué mejor fuente que la prensa, medio comunicativo que desde la segunda mitad del siglo XVIII y de forma más intensa durante el siglo XIX, fue adquiriendo cada vez mayor protagonismo en el panorama informativo, pero también en la difícil labor que suponía el moldeado de las conciencias. El autor propone un viaje por los mensajes que los periódicos ibéricos lanzaban hacia la opinión pública con el objetivo de hacer valer sus ideas, tratando de convertir su modelo en el hegemónico. Este ensayo, desde una nueva lectura, convierte a la Historia Social, la familia y la sociedad en los grandes protagonistas.

